

LA TIERRA Y EL RÍO COMO TESTIGOS: TIEMPO, TRAUMA Y RESISTENCIA EN LA CRÓNICA “EL BARCO TURCO” DE ALFREDO MOLANO

LAND AND RIVER AS WITNESSES: TIME, TRAUMA AND RESISTANCE IN THE CHRONICLE “EL BARCO TURCO” BY ALFREDO MOLANO

SEBASTIAN FUENTES MEDINA
Universitat Jaume I

sebastianfuentes2110@gmail.com

 0000-0001-9404-2604

Recibido: 12/06/2025

Aceptado: 20/10/2025

Resumen

Este artículo analiza la crónica “El barco turco” de Alfredo Molano desde la articulación entre memoria, trauma y más-que-humano en el marco del conflicto armado colombiano. Se parte de la premisa de que los elementos naturales —el río y la tierra— no funcionan únicamente como escenario, sino como testigos involuntarios de la violencia y agentes de la memoria colectiva. El análisis, apoyado en teorías de la memoria (Halbwachs, Hirsch), el trauma (LaCapra), la ecocrítica y la teoría de la multiespecie (Haraway, Abram, Braidotti), examina cómo la narrativa de Molano construye un espacio simbólico donde lo humano y lo más-que-humano coexisten en una experiencia rural de violencia.

Palabras claves: Conflicto armado, Más-que-humano, Literatura rural, Tierra, Río, Campesino, Crónica.

Abstract

This article analyzes Alfredo Molano’s chronicle “El barco turco” (The Turkish Ship) from the perspective of the articulation between memory, trauma, and the more-than-human in the context of the Colombian armed conflict. It starts from the articulation that natural elements—the river and the land—function not only as a setting, but also as involuntary witnesses to violence and agents of collective memory. The analysis, supported by theories of memory (Halbwachs, Hirsch), trauma (LaCapra), ecocriticism, and multispecies theory (Haraway, Abram, Braidotti), examines how Molano’s narrative constructs a symbolic space where the human and the more-than-human coexist in a rural experience of violence.

Keywords: Armed Conflict, More-than-human, Rural literature, Land, River, Peasant, Chronicle.

Introducción

Obras como *Los ejércitos* (2007), *El país de Canela* (2008) y *El mundo de afuera* (2014) evidencian un giro significativo en la literatura contemporánea colombiana. En estas narraciones la tierra, los ríos, los cultivos y los campesinos se convierten en protagonistas y testigos de hechos históricos atravesados por intereses políticos y económicos que han afectado negativamente las comunidades rurales. En este sentido, la llamada literatura rural, aunque suele definirse principalmente como aquella que se desarrolla fuera del

ámbito urbano y toma como espacio de referencia principal el campo (Yaninis, 2021), también se caracteriza por reflejar tensiones sociales, políticas y económicas que atraviesa el campesinado. En Colombia, estas narrativas abordan de manera recurrente problemáticas relacionadas con las desigualdades estructurales y la marginalización de las comunidades rurales frente a dinámicas de explotación y despojo. Por lo tanto, hablar de literatura rural nos hace pensar en una literatura política “que a fin de cuentas tiene un papel de transformación social, incluso, sin proponérselo, el escritor es un sujeto al que le es imposible sustraerse del devenir de su sociedad” (Rodríguez, 2004: 94). Desde la perspectiva ecocrítica, según Glotfelty (1996), estas obras también representan la naturaleza y construyen simbólicamente las relaciones entre las especies y su entorno, mostrando cómo el medio influye en la vida social y cultural de las comunidades rurales (Gutiérrez, 2020: 43).

En este marco, resulta fundamental la obra de Alfredo Molano Bravo, sociólogo, periodista y escritor colombiano, reconocido por sus crónicas periodísticas que exploran de manera crítica las realidades sociales y políticas del campo. Su crónica “El barco turco”, perteneciente a la colección de ocho crónicas titulada *Desterrados: crónicas del desarraigo* (2001) (2014), narra una historia de desplazamiento forzado, resistencia y lucha de las comunidades campesinas por su dignidad, en la que el territorio se convierte en un eje central tanto de las vivencias narradas como de la construcción literaria de Molano.

El presente análisis se estructura de la siguiente manera: (1) el conflicto armado en Colombia como contexto; (2) aproximaciones a la crónica “El barco turco”; (3) la perspectiva de lo más-que-humano; y (4) el río y la tierra como testigos de memoria y trauma. A partir de estos apartados, se busca mostrar de qué manera Molano construye una narrativa en la que lo más-que-humano se configura no solo como escenario de los acontecimientos, sino también como testigo de experiencias traumáticas derivadas de la violencia y el desplazamiento forzado.

El conflicto armado en Colombia

“Trabajar y vivir en el campo como campesino en Colombia no es fácil. A veces duele, a veces asusta, a veces angustia y a veces agota”.

Carlos Rodríguez, líder campesino de La Macarena. Comisión de la Verdad, 2020.

Pareciera que hablar del conflicto armado en Colombia remite siempre a un hecho histórico fechado en 1946. Sin embargo, este aún sigue afectando a miles de colombianos a través de una violencia que se perpetúa en diversas formas, como el desplazamiento forzado, las masacres, el reclutamiento de menores y la afectación de comunidades rurales y étnicas. Estas dinámicas, lejos de ser un problema del pasado, continúan marcando el presente, evidenciando la persistencia de actores armados, economías ilícitas y desigualdades estructurales que alimentan el ciclo de violencia en el país.

Antes de abordar el conflicto armado colombiano, es importante traer a discusión el término de “La Violencia”, un periodo comprendido entre 1946 y 1958¹. Colombia fue

¹ La fecha de culminación del periodo de “La Violencia” varía según la fuente. Algunos datan su fin a mediados de 1966 (Álvarez et al., 2020: 5).

el escenario de un enfrentamiento interno que perjudicó a más de 190.000 colombianos y a dos millones de personas desplazadas de sus tierras (Oquist, 1980), ocasionado no solo por un enfrentamiento violento entre partidos políticos tradicionales, el Liberal y el Conservador², sino también por varios sucesos consecutivos que desataron lo que se conoce como la violencia en mayúscula. Estos eventos estuvieron marcados por enfrentamientos partidistas con la llegada al poder del conservador Mariano Ospina Pérez en 1946, tras años de predominio liberal. Dos años después, el magnicidio del líder liberal Jorge Eliécer Gaitán detonó una ola de disturbios conocida como el *Bogotazo*. Y a partir de estas tensiones que emergieron en la capital colombiana, “se pasó a una violencia rural que se concentró en la región Andina, el Caribe y la Orinoquía, y que se convirtió en una guerra civil promovida por un gobierno conservador que usó a la Policía como instrumento partidista y auspició la creación de grupos de Pájaros³” (Comisión de la Verdad, 2022a). Por último, este periodo denominado como *La Violencia* se dio por terminado con el pacto del Frente Nacional⁴ en 1958. Sin embargo, los problemas aún persistían y fortalecieron las bases de lo que conocemos hoy sobre el conflicto armado en Colombia. De esta forma, surge la llegada de las primeras “guerrillas que más tarde se convertirían en los grupos armados que actualmente alteran el orden público amenazando la seguridad en gran parte del territorio nacional” (Chacón y Sánchez, 2003: 2).

En el capítulo titulado “Fragmentos de la historia del conflicto armado (1920-2010)” (Molano, 2014: 5-55), Alfredo Molano expone que el comienzo de estas tensiones empieza a partir de *La Violencia*. Sin embargo, el sociólogo menciona algunos de los factores que incentivaron este conflicto. En primer lugar, el notable incremento en el precio del café y en la demanda interna constituyó un factor decisivo en la generación de conflictos agrarios en zonas cafeteras, caracterizadas por el predominio de los arriendos y la colonización. Y segundo, los campesinos, cuyos ideales eran socialistas, vivieron las primeras persecuciones y represiones por la armada oficial o privada (Molano, 2014). Diversos autores, entre ellos Gurr (1970) y Ballentine y Sherman (2003), han propuesto otros factores para explicar las causas del conflicto armado colombiano. En sus investigaciones, estos autores sostienen que dicho fenómeno tuvo su origen en las

² Desde el pensamiento conservador, los “liberales propiciaban la tensión social y subvertir el orden: atentaban contra la estructura heredada del coloniaje, contra la institución eclesiástica y contra el sagrado derecho a la propiedad al plantear la liberación de los esclavos o la abolición de los mayorazgos” (Penagos, 2003: 4). Así que sus ideologías se enfocaban en la preservación de las tradiciones y la abolición de todo movimiento que buscaba un cambio político, social y económico (contra el progresismo). Sin embargo, el partido liberal era el que “sembraba la semilla de la anarquía en los estratos más bajos de la población” (Penagos, 2003: 4) con motivos de “resolver los problemas estructurales económicos, sociales, culturales y políticos, nacionales y regionales, mediante la intervención del estado [...]. Por lo que sus ideales constituyen al ideal del izquierdo democrático” (Álvarez et al., 2020: 6).

³ Grupo armado al margen de la ley, cuyos ideales eran conservadores. “Fueron utilizados para homogeneizar pueblos, para cambiar conciencias, para convertir a radicales liberales, para perseguir a protestantes, para atacar a masones y comunistas en una ‘santa cruzada’ de las ‘fuerzas del bien’ contra las ‘dañinas fuerzas del mal’” (Betancourt y García, 1990: 109). Además, ellos no hacían parte de las clases sociales campesinas, por el contrario, los “pájaros” disfrutaban de una cierta ventaja social, pues en su mayoría tenían prósperos negocios que les otorgaban un cierto status económico y social (Quintero, 2008: 250).

⁴ El acuerdo, conocido como el Frente Nacional, consistía en que los partidos tradicionales compartirán el poder durante dieciséis años de 1958 a 1974, estando cada partido al frente por un periodo presidencial —cuatro años— iniciando el Partido Liberal y continuando el Partido Conservador, lo que les daba la capacidad de trabajar en conjunto por el bien final que estaba claro (Guisao-Álvarez, 2021: 239).

desigualdades socioeconómicas, la discriminación y la exclusión de ciertos sectores de la población (Yaffe, 2011). Sin embargo, Gómez (2001) deslegitima esta hipótesis y hace énfasis en que las diferencias socioeconómicas no significan una causa directa de la violencia, sino una correlación. Así que, Gómez plantea una explicación centrada en la codicia y en factores políticos e institucionales.

Dejando de lado el origen del conflicto armado y las múltiples circunstancias que han contribuido a su persistencia, la crónica de Molano propone una perspectiva diferente a la que se acostumbra ver en relatos históricos y sociológicos. En lugar de usar un discurso limitado a explicar el conflicto en término de causas estructurales, cifras o periodizaciones, Molano lo encarna en experiencias campesinas reales. De esta forma, su narración no reproduce la lógica de los informes institucionales, sino que construye un archivo testimonial. Asimismo, por tratarse de una violencia que genera trauma y memoria en aquellos que la experimentan, los personajes no son las únicas víctimas ni los únicos que construyen una memoria colectiva; los espacios y elementos naturales también se constituyen como testigos. Esta operación narrativa permite pensar el conflicto armado desde una clave ecocrítica y de memoria, en la que el territorio se revela como soporte material y simbólico de la violencia.

“El barco turco”

La crónica de Alfredo Molano se caracteriza por retratar la cruda realidad que los campesinos han vivido por causa del conflicto armado en Colombia. Su interés por usar la escritura como acto político y de justicia permite la reivindicación de comunidades cuyas vidas se vieron apagadas por disputas políticas, económicas y territoriales provocadas tanto por actores ilegales como por la connivencia de agentes estatales. Molano, en obras más destacadas como *Trochas y fusiles* (1994), *Desterrados: Crónicas del desarraigo* (2001), *Ahí le dejó esos fierros* (2009) y *Los años del tropel* (2017), acude a un lenguaje con un tono testimonial y etnográfico, cuyo objetivo consiste en dar voz a quienes han sido históricamente silenciados, permitiendo que sus experiencias de dolor, resistencia y esperanza sean escuchadas y reconocidas.

Hablar de la “narrativa de Molano” implica problematizar el género en el que se escribe. De hecho, aunque autores como Pérez enfatizan que “Molano no puede ser clasificado en un género, pues los atraviesa” (2020: 216), varios investigadores han intentado categorizar su obra como crónica periodística y testimonial. La primera, en el ámbito latinoamericano, se mueve en un territorio “híbrido que combina factores en su producción —narración, descripción, comentario y diálogo— y exige una triple tarea del periodista: la de informar, formar y entretener” (Kraber, 2020: 1). En este sentido, Molano puede inscribirse dentro de la tradición de la crónica periodística, en la que se le “exige al cronista ser un interpretador de la realidad y construir en sus textos una visión amplia, que refiera la comunicación periódica, información precisa, argumentos suficientes que sustenten la realidad, entretenimiento y producción” (Velázquez, 2021: 40). Muñoz y Varela, por su parte, han clasificado sus crónicas dentro de la “literatura testimonial, un género reciente que se ha dedicado a darle voz a los marginados” (2011: 11). Esta

literatura se define como “representaciones que conjugan el principio de realidad y las posibilidades estéticas, al tiempo que condensan memorias de pasados violentos” (Suárez, 2011: 59). Si bien aún existen discusiones sobre la clasificación de la narrativa de Molano dentro de un género literario, indiscutiblemente, su escritura se relaciona con la ecocrítica latinoamericana. Para “Heffes (2014) la ecocrítica es un proceso de adopción de conciencia ecológica que oscila entre la materialidad de los fenómenos naturales y la interpretación simbólica que se hace de ellos” (Andrade, 2022: 120). Esta misma noción sobre ecocrítica es abordada por Camasca quien además menciona la relación de literatura y medio ambiente desde un nivel ético, justificando que esta relación “sensibiliza la conservación de los recursos naturales, incentiva una toma de conciencia sobre los daños a los ecosistemas y contribuye a mentalizar acerca de la aplicación de medidas que urge poner en práctica para enfrentar la crisis medioambiental” (2020: 98). Sin embargo, Andrade, retomando a Araya Grandon, advierte que “los problemas ambientales insertos en la literatura latinoamericana están poco estudiados [...] desde enfoques multidisciplinarios” (2022: 120), lo que evidencia una tensión: mientras algunos autores subrayan el potencial transformador de la ecocrítica, la investigación aún no ha explorado con suficiente profundidad estas intersecciones en el contexto latinoamericano.

Aunque la crítica ha señalado la necesidad de estudiar la dimensión ambiental en la literatura latinoamericana, la obra de Alfredo Molano ofrece un terreno fértil para ello, pues articula de manera singular la denuncia social con una representación del territorio en la que el entorno tiene agencia activa en la memoria colectiva y el trauma.

Por último, “El barco turco” se centra en el relato de un grupo de campesinos que habitan en Riosucio, un municipio colombiano ubicado en la zona del Urabá chocoano. A través de la historia de Toñito, un joven sobreviviente de los múltiples horrores que su familia y su comunidad enfrentaron, Molano ofrece una visión desgarradora del despojo territorial y los homicidios perpetrados por los grupos armados al margen de la ley. Esta crónica no se limita a describir los eventos y hacer una denuncia social, sino que se adentra en las vivencias y emociones de quienes sufren las consecuencias directas de la violencia a través de elementos naturales como registros de memoria y trauma sobre los hechos del conflicto armado. De esta manera, su escritura articula la voz de los protagonistas humanos y más-que-humanos con un análisis profundo de las estructuras sociales, lo que permite al lector entender de qué manera los enfrentamientos se alimentan de intereses políticos y económicos, y de las relaciones de poder que subyacen en el despojo de tierras y el control social.

Más-que-humano en la crónica de Molano

Los símbolos literarios, como explica Kottak, “son entidades verbales y no verbales que, en el contexto de una cultura particular, representan otra cosa distinta” (1999: 29). La necesidad de usar símbolos en las narrativas literarias responde a que las personas, de manera consciente o inconsciente, recurrimos constantemente a la creación y utilización de símbolos. Este uso permite simplificar realidades complejas y sus significados que pueden variar dependiendo de la identidad cultural. Es decir, mientras en la cultura

occidental el color blanco representa tranquilidad y paz, en la cultura oriental simboliza el luto y la muerte. Además, los símbolos literarios se parecen a “los recursos retóricos de la comparación y la metáfora, pero tienen su muy particular modo de comunicar. Por una parte, son ambiguos, polisémicos e inagotables, pero al mismo tiempo, es claramente posible definirlos, determinarlos, leerlos e interpretarlos” (García, 2023: 10).

La palabra “campo” proviene del latín *campus*, que significaba llano, terreno extenso o campo de batalla y solo hacía referencia a un área de terreno plano, sin relevancia o características geográficas destacadas, apta para diversas actividades como la agricultura o la guerra. Sin embargo, durante la Edad Media este constructo de lo que era *campo* comenzó también a asociarse con los espacios rurales cuyas actividades económicas se basan en la ganadería y la agricultura, diferenciándolos de los entornos urbanos. ¿Cómo define Molano la palabra “campo” en su crónica “*El barco turco*”?

Toño se cría en la orilla del río Chajeradá. Aprendía a nadar antes que a caminar y se fue haciendo niño mirando las mujeres en currucas lavar ropa sobre tablas de madera, ya que en esa tierra no hay piedras; una piedra es allá un tesoro (Molano, 2001: 72).

Molano, a lo largo de esta crónica, no hace una alusión directa a la palabra “campo”; en su lugar, lo describe como la “tierra”; una tierra precaria de montañas y de cualquier tipo de piedras, rodeada de cosechas extensas de arroz y acompañada de un río ancho con una corriente salvaje. Al inicio de la crónica se evidencia la manera en que Molano describe la geografía del municipio de Riosucio. Si bien la descripción se presenta inicialmente de manera literal y tangible, conforme avanza la lectura, la tierra adquiere un significado simbólico más profundo: no es solo un terreno físico, sino el lugar donde Toño y su comunidad enfrentaron las devastadoras consecuencias del conflicto armado. En este sentido, la tierra se convierte también en un espacio de memoria colectiva, en el que convergen las experiencias históricas de violencia y desarraigo. Frente a esta noción de memoria, Halbwachs la define como “una corriente de pensamiento continuo, de una continuidad que no tiene nada de artificial, ya que del pasado sólo retiene lo que aún queda vivo de él o es capaz de vivir en la conciencia del grupo que la mantiene. Por definición, no va más allá de los límites de este grupo” (2004: 81). Además, el autor plantea que no podemos hablar de memoria colectiva si no existe un marco espacial, un elemento estable que perdura y conserva la memoria. Desde esta perspectiva, se entiende que lo más-que-humano asume un papel de testigo dentro de ese marco espacial que activa la memoria de las tensiones inscritas en la crónica de Molano. No obstante, Hirsch complementa esta idea representando la memoria colectiva como una posmemoria:

Interacción entre la historia y la memoria por medio de la materialidad de la memoria con la vida cotidiana. Los objetos de nuestro entorno generan y estimulan la profundización de la memoria, indicando las incoherencias en las narrativas colectivas y oficiales que se han escondido y silenciado (Golovátina-Mora, 2018: 192).

De esta manera, mientras Halbwachs se concentra en la memoria de quienes vivieron los hechos, Hirsch explica cómo los descendientes —los hijos de Toño— cargan con

las huellas del pasado que no experimentaron directamente, pero que se reactualiza en su vida cotidiana a través de lo narrado y lo silenciado. Esta noción se refuerza en la obra *Desterrados* (2001), donde la narración resulta más conmovedora cuando los sobrevivientes se convierten en testigos (Rosas, 2017: 245) cuya voz encarna la experiencia inmediata del trauma y la transmisión intergeneracional de la memoria.

En este punto, la narrativa se convierte en un espacio privilegiado para articular dicha experiencia: “las narraciones de ficción pueden implicar también reivindicaciones de verdad en un nivel estructural o general, pues [...] generan una ‘sensibilidad’ ante la experiencia y la emoción que sería muy difícil de conseguir a través de métodos documentales estrictos” (LaCapra, 2005: 38). En esta relación entre memoria y posmemoria, la reflexión de LaCapra resulta clave: para el autor, la narrativa funciona como repetición compulsiva del trauma y como espacio de elaboración crítica del mismo. Por tanto, la escritura de Molano oscila entre dos polos: por un lado, vuelve a narrar la violencia de manera desgarradora, repitiendo el trauma; y por otro, transforma esta repetición en testimonio colectivo que otorga sentido político a la experiencia campesina.

Si bien la sociedad aún conserva un constructo del campo como un escenario asociado a la producción agrícola y la vida tranquila, como se percibe al inicio de la crónica de Molano, la realidad nos muestra que este espacio se ha convertido en un territorio marcado por dinámicas de violencia, sometimiento, explotación y despojo, donde los campesinos han debido enfrentar condiciones adversas mientras luchan por preservar su territorio, su identidad y su integridad. *A posteriori* en la crónica de Molano, “la tierra” o “el campo” trasciende su carácter físico para convertirse en un espacio cargado de narrativas sociales y políticas cuya lucha por la supervivencia se debe a las dinámicas de poder y control que emergen en torno a la siembra de coca y la violencia. Sobre esta decisión, la Comisión de la Verdad explica que “la población no tiene muchas opciones: hacer parte del negocio ilegal desde el eslabón más bajo de la cadena de producción o resistir en condiciones precarias por la ausencia de un estado. De cualquier manera, el riesgo es inminente” (2022b: 4). Esta misma idea de la tierra como un espacio político y social se ha analizado en otras crónicas de Molano donde se llega a la idea de que “[e]l destierro como relato fundante en la historia de Colombia le permite a Molano representar esta tragedia humana y contextualizar el problema de la tierra como una de las razones del conflicto armado, abordando su complejidad histórica” (Pérez, 2020: 223).

En esta misma línea, resulta necesario ampliar la mirada hacia la forma en la que el autor incorpora los elementos naturales en su crónica. Esto permite entender que, dentro del espectro del campo, además de percibirse como un escenario social y político, también es un espacio donde lo más-que-humano —ríos, animales, vegetación— interviene en la experiencia del campesino.

En primer lugar, la idea de lo más-que-humano parte del reconocimiento de que todo ser humano no existe de forma aislada; por el contrario, está intrínsecamente vinculado a todo organismo que habita la biosfera (Abram, 1996). De esta forma, no podemos concebir el ser humano separado de su entorno ya que forma parte de una red de interdependencias en la que lo más-que-humano cobra un sentido esencial en la propia interacción del individuo.

Our bodies have formed themselves in delicate reciprocity with the manifold textures, sounds, and shapes of an animate earth—our eyes have evolved in subtle interaction with other eyes, as our ears are attuned by their very structure to the howling of wolves and the honking of geese (Abram, 1996: 23).

De este modo, mientras Abram enfatiza la reciprocidad sensorial que vincula al ser humano con la tierra y los demás seres vivos, Braidotti amplía esta reflexión hacia una dimensión crítica y social donde lo más-que-humano se concibe como la continuación de lo humano en medio de las tensiones del mundo contemporáneo. En esta línea, Braidotti entiende “lo posthumano (más-que-humano) no tanto como enemigo u opuesto a lo humano, sino como su extensión entre las contradicciones y los conflictos sociales del mundo contemporáneo” (Penque, 2022: 220). Si bien Abram y Braidotti abren camino a una comprensión de lo humano, Haraway articula estas nociones en la propuesta de una ontología multiespecie en el que se rechaza el antropocentrismo y concibe lo más-que-humano como una red de interdependencias vitales. En sus propias palabras:

To knot companion and species together in encounter, in regard and respect, is to enter the world of becoming with, where who and what are is precisely what is at stake [...] Species interdependence is the name of the worlding game on earth, and that game must be one of response and respect (Haraway, 2008: 19).

Entender las nociones que plantean Abram —desde la reciprocidad sensorial—, Braidotti—con su propuesta de dimensión crítica y social— y Haraway —quien desarrolla la idea de multiespecie—, permite establecer correspondencias con la visión de Molano, donde lo humano se configura en diálogo permanente con los elementos naturales que lo rodean.

Cuando se aborda la crónica de Molano, se evidencia una tendencia a describir los diferentes escenarios a los que sus personajes se trasladan. Desde el típico ambiente que el conflicto armado en Colombia suscita, como el río, los cultivos, la vegetación y todo aquello que hace parte de la ruralidad, hasta los elementos que definen lo urbano, como las grandes edificaciones, las industrias y la alta densidad de población. En principio, el autor refleja una interpretación literal y tangible de los diferentes elementos que acompañan su narrativa. Sin embargo, a medida que vamos avanzando en su lectura podemos presenciar la personificación e importancia que le atribuye Molano a varios elementos naturales: “Una culebra mapaná mata un novillo mientras uno mira dónde lo mordió; un tigre mariposo puede romper de un puño una panga; una espina de chonta atraviesa una bota de caucho de lado a lado” (Molano, 2001: 74).

En este primer fragmento podemos evidenciar que las descripciones vívidas que Molano hace sobre la ruralidad desestabilizan las jerarquías antropocéntricas, ya que los animales y las plantas inciden de manera decisiva en la experiencia del campesino. De esta forma, la muerte de un novillo por causa de la culebra mapaná, un tigre mariposo intentando cazar una panga y la espina de chonta que atraviesa la bota de alguien refuerzan la percepción de que el peligro y la supervivencia forman parte integral de la vida en el campo. De esta manera, evidenciamos que mientras Haraway (2008) plantea la interdependencia multiespecie en un plano teórico de alcance global, Molano sitúa

esa interdependencia en el contexto rural colombiano desde un enfoque testimonial: la culebra, el tigre y el novillo no son metáforas, sino agentes concretos que marcan la vida cotidiana del campesino. Así, la naturaleza en Molano no es un simple escenario pasivo, sino un espacio dinámico donde coexisten los humanos, animales y otros elementos del entorno cuya existencia registra y conserva las huellas del despojo y del sufrimiento colectivo del conflicto armado. A través de su narrativa, el autor sugiere que la vida campesina está también determinada por una convivencia inevitable con fuerzas naturales que pueden ser tanto hostiles como esenciales para la cotidianidad: “La gente del río Curvaradó aguantó tres años comiendo arroz y mazamorra de plátano, porque no quería vender su madera regalada” (Molano, 2001: 75).

Si bien la crónica está cargada de fragmentos en los que se expone esa interacción con lo más-que-humano, también esta se manifiesta a través de la tierra y los recursos desde una lógica económica. La decisión de no vender su madera, a pesar de los efectos que pueden ocasionar en su cotidianidad, refleja una conexión profunda con el entorno natural como base de su economía. Por otro lado, la alimentación basada en arroz y mazamorra de plátano por tres años resalta la adaptabilidad de los campesinos frente a lo que la tierra les provee, incluso en condiciones adversas. En este fragmento, podemos evidenciar que la relación con lo más-que-humano no es simplemente de coexistencia, sino de interdependencia, donde la naturaleza es entendida como activo económico, cuya explotación es regulada por decisiones estratégicas de las propias comunidades. Por último, lo destacable de esta crónica es que no solo presenta la interacción con el entorno natural, sino que lo hace desde una perspectiva íntima y subjetiva de la interacción con lo más-que-humano. “Este elemento se presenta como ético y estético, pues parte de una decisión creativa y de un compromiso por no usurpar o falsificar las voces que le fueron confiadas; sería artificial reproducir esas voces con un lenguaje científico” (Pérez, 2020: 219). Esta postura se refleja en la escritura de Molano, quien recurre a la primera persona “partiendo de la convicción ética de darle voz al dolor de los protagonistas del conflicto, creando así una empatía entre personajes y lectores, dándole voz a las víctimas, voz de la que normalmente carecen” (Osorio, 2021: 22). Esta voz se concreta en la crónica como testimonio: “Yo casi nunca había sentido frío y esa vez lo sentí porque llegó acompañado del miedo. Miedo a que alguien llegara y miedo a que no llegara nadie. Miedo a la noche” (Molano, 2001: 79).

El recurso de la primera persona que emplea Molano también permite visibilizar cómo las emociones se configuran en relación directa con el entorno. Por ejemplo, en este fragmento, la noche, el viento helado y la ausencia de lo humano generan en el narrador una experiencia que trasciende lo físico: un temor moldeado por la incertidumbre del entorno. Así, la noche opera como símbolo de peligro latente y vulnerabilidad, en contraste con la experiencia del día. Durante el día, se establece una relación con el entorno desde una perspectiva más pragmática y de dominio, en la que los campesinos trabajan su tierra, cazan, pescan y toman decisiones sobre su economía. En la noche esta interacción cambia de forma significativa. El entorno deja de ser un espacio de control y previsibilidad para convertirse en un territorio de incertidumbre, donde los sonidos, la oscuridad y la ausencia de lo humano generan un sentimiento de desprotección. Esta dicotomía refleja la interdependencia multiespecie de Haraway (2008), pues la experiencia del

campesino se configura en un diálogo constante con elementos del entorno, que actúan como amenaza o como parte de la vida rural dentro de un contexto marcado por el conflicto armado.

A partir del análisis de algunos fragmentos, en los que Molano articula el entorno con la cotidianidad del campesino para evocar la experiencia rural, podemos concluir que la interacción con lo más-que-humano se da en tres niveles. En un primer nivel, los elementos naturales configuran una realidad tangible de la ruralidad, moldeando el día a día del campesino. En un segundo nivel, esta interacción adquiere una dimensión económica, donde los campesinos establecen relaciones estratégicas con su entorno para su sustento. Finalmente, en un tercer nivel, la interacción con lo más-que-humano se vuelve más íntima y subjetiva, determinada por las condiciones naturales y su impacto en las emociones, percepciones y experiencias del campesino. De este modo, la crónica trasciende la mera descripción del entorno para mostrar cómo este se constituye en un recurso que intensifica vívidamente las experiencias de la violencia.

El río y la tierra como testigos de memoria y trauma

*“Yo fui estallido fuerte de la selva y el río,
y voz entre dos ecos, me levanté en las cuevas.
De un lado me estiraban las manos de las aguas,
y del otro, prendíanme sus raíces las sierras”*

Julia de Burgos (2004: 3)

Cuando abordamos el tema del río y la tierra como testigos de memoria y trauma, se retoma la discusión sobre la interacción de los campesinos con lo más-que-humano, evidenciando que esta interacción no se limita a un uso instrumental de los elementos naturales, sino que evidencia una interdependencia multiespecie en la que el río y la tierra participan activamente en la configuración de la memoria y el trauma. Así, la relación con el entorno no es accidental, sino que se inscribe en un entramado complejo de significaciones culturales, históricas y afectivas, donde los elementos naturales tienen agencia y relevancia propia en la narrativa de Molano.

El río y la tierra, además de cumplir con un papel fundamental para los seres vivos, funcionan como testigos que guardan y transmiten los rastros del pasado. Como sostiene Gutiérrez, “la naturaleza desempeña un papel fundamental. Es ella la que, en medio de su exuberancia aparentemente ahistórica, conserva, por cuenta del despojo y la explotación sucesiva, un rastro material de la larga violencia estructural” (2020: 46). Desde esta perspectiva, el río, con sus movimientos constantes, se percibe como un elemento transitorio (Bachelard, 1942: 15) que refleja los ciclos de la memoria y el olvido, mientras que la tierra preserva, oculta y resguarda los secretos de quienes la habitaron y la pisaron.

Hacer esta relación simbólica sobre el comportamiento del río y la tierra como testigos de cualquier comunidad, implica reconocerlos como elementos que, a su manera, registran el tiempo. Concebir que el río y la tierra funcionan como testigos de memoria y trauma, significa entender que esta función no reside únicamente en el testimonio humano, sino que también se manifiesta en los elementos naturales. Conviene recordar que, desde la interdependencia multiespecie de Haraway (2008), todos los actores

participan activamente en la experiencia compartida. Surge entonces la pregunta: ¿de qué manera los elementos naturales como el río y la tierra se convierten en testigos involuntarios?

Todas las aguas van al mar, decía mi papá; y mi abuelo creía que se va a morir allá. Es verdad: el río todo se lo lleva al mar, ya sea los chopos que tumban los rayos, las cosechas de arroz que se desbarrancan, la ropa y los tenis que se dejan secando a la orilla, los animales que se confían. Hasta la basura que uno bota, al mar llega (Molano, 2001: 74).

En este fragmento se evidencia la manera en la que la comunidad del municipio de Riosucio atribuía un significado al río. Más allá de simbolizarlo como fuente de vitalidad y recurso invaluable, el río simboliza el camino hacia el mar, hacia una conexión con el mundo exterior y el destino inevitable de todo lo que arrastra en su cauce. No obstante, su papel en la crónica adquiere un matiz más sombrío: testigo silencioso de los asesinatos perpetrados en el contexto del conflicto armado en Colombia: “Decían que los chulos navegaban sobre los muertos inflados como vejigas, hasta que a picotazo limpio los reventaban y el difunto se profundiza entre las aguas” (Molano, 2001: 81). Así, lo que inicialmente se percibe como un río que transporta vida y movimiento se transforma en un escenario donde se reflejan los efectos de la violencia, confirmando su papel de testigo de conflicto y mediador entre la vida y la muerte: “Entonces el agua experimenta algo así como una pérdida de velocidad, que es una pérdida de vida; se vuelve una especie de mediador plástico entre la vida y la muerte” (Bachelard, 1942: 25).

Por otro lado, después del desalojo del territorio, las personas que habían perdido a un familiar atribuían al agua y al río una relación directa con la muerte, considerándolos testigos de lo ocurrido y depositarios de los cuerpos de sus seres queridos. Esta agencia del río como participante involuntario también es reforzada por los grupos al margen de la ley, como se evidencia en el siguiente fragmento: “Esa tarde llegaron los diablos y dijeron que estaba prohibido pescar los muertos, que había que dejarlos seguir río abajo y que si alguien desobedecía la orden lo echaban a hacerle compañía al difunto que sacara” (Molano, 2001: 82).

Lo interesante de percibir al río como testigo en la crónica es que, en el proceso de adaptación a lo vivido, los afectados comienzan a tejer relatos y especulaciones acerca del destino de los cuerpos que nunca pudieron ser recuperados. En este sentido, el río se constituye como un actor más dentro de lo más-que-humano, mediando entre la memoria y la incertidumbre, como se evidencia en la creencia de una vecina: “Una vecina mía, doña Edelmira, juraba y rejuraba que los muertos que se hunden en el agua se vuelven pescados” (Molano 2001: 81).

La tierra, al igual que el río, conserva los rastros de los asesinatos y las tensiones generadas por la siembra de coca, funcionando como un testigo de la historia vivida por la comunidad. Por otro lado, el acto de enterrar a sus seres queridos parece representar para la comunidad no solo una forma de aceptar lo ocurrido, sino también una dolorosa certeza que contrasta con la incertidumbre de quienes nunca pudieron “pescar a sus muertos”: “Todo mundo con la esperanza de recoger su muerto y enterrarlo en tierra” (Molano 2001: 81).

Conclusión

El análisis de la crónica “El barco turco” de Alfredo Molano permite evidenciar la manera en la que la literatura puede articular la memoria, el trauma y la interacción multiespecie en contextos de violencia rural. Esta interacción de los campesinos con lo más-que-humano se manifiesta en tres principales niveles: (1) la configuración tangible de la ruralidad, (2) el entorno natural desde la lógica económica y (3) la dimensión subjetiva y emocional que vincula las experiencias de los campesinos con los elementos naturales. De esta manera, los ríos, las tierras, los cultivos, los animales y el tiempo no representan únicamente el escenario donde ocurre la crónica, sino que también participan como actores en la transmisión de la memoria y en la mediación del trauma, funcionando como testigos de las acciones violentas que afectan las comunidades rurales. Analizar esta crónica dando importancia al entorno natural al que Molano acostumbra acudir, permite mostrar que su narrativa trasciende la descripción literal del entorno y construye, con la descripción vívida de los elementos naturales, un espacio de memoria colectiva, donde lo humano y lo más-que-humano se entrelazan y atestiguan la violencia y la resiliencia que el territorio rural experimenta con el conflicto armado.

Asimismo, la obra de Molano aporta al campo de los estudios literarios y de memoria un modelo de lectura en el que se reconoce la agencia de la naturaleza, la interdependencia multiespecie y la capacidad de la literatura para dar voz a otros elementos, mostrando que la memoria y la historia no solo se inscriben en los cuerpos humanos, sino también en el entorno que habitan y transforman, lo que permite leer cómo los espacios y los elementos naturales registran, reflejan y transmiten experiencias de trauma.

Referencias bibliográficas

- ABRAM, David (1996). *The Spell of the Sensuous: Perception and Language in a More-Than-Human World*. New York: Pantheon Books.
- BACHELARD, Gastón (1942). *El agua y los sueños: Ensayo sobre la imaginación de la materia*. Trad. de I. Vitale. México: Fondo de Cultura Económica.
- BETANCOURT, Darío y GARCÍA, Martha (1990). *Matones y cuadrilleros: Origen y evolución de la violencia en el occidente colombiano*. Bogotá: Tercer Mundo Editores, Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales, Universidad Nacional.
- CAMASCA, Edwin (2020). “La literatura en la perspectiva de la ecocrítica”. *Tesis*, 13(16), 97–110.
- CHACÓN, Mario; y SÁNCHEZ, Fabio (2003). *Polarización política y violencia durante “La Violencia”; 1946–1963*. Universidad de los Andes. Disponible en: <https://economia.uniandes.edu.co/sites/default/files/imagenes/eventos/mario-chacon.pdf>
- COMISIÓN DE LA VERDAD (2020). *Los campesinos le damos de comer al país, pero el país no reconoce la precariedad de la vida en el campo*. Disponible en: <https://web.comisiondelaverdad.co/actualidad/noticias/campesinos-damos-comer-colombia-pero-no-reconocen-la-precari-idad-vida-campo>

- COMISIÓN DE LA VERDAD (2022a). *La Violencia*. Disponible en: <https://www.comisiondelaverdad.co/la-violencia>
- COMISIÓN DE LA VERDAD (2022b). *Factores de persistencia del conflicto armado - Norte y cordillera del Cauca: Entre la continuidad del conflicto y las resistencias ancestrales*. Disponible en: <https://web.comisiondelaverdad.co/especiales/norte-cordillera-cauca/factores.html>
- DE BURGOS, Julia (2004). *Agua, vida y tierra*. Disponible en: <https://www.poemas-del-alma.com/agua-vida-y-tierra.htm>
- DELGADO ÁLVAREZ, María; ARRIETA LONDOÑO, Samuel; SANTANA BARRAGÁN, Ricardo; ROA DÍAZ, Camilo; y GARNICA PEDREROS, Erika (2020). *La guerra por el poder: Conservadores y liberales*. [Tesis de maestría]. Colombia: Universidad Católica de Colombia, Facultad de Derecho.
- GARCÍA PEÑA, Lilia Leticia (2023). *Los símbolos literarios*. Colima: Universidad de Colima. <https://doi.org/10.53897/LI.2023.0020.UCOL>
- GLOTFELTY, Cheryl; y FROMM, Harold (Eds.) (1996). *The Ecocriticism Reader: Landmarks in Literary Ecology*. Athens, GA: University of Georgia Press.
- GÓMEZ, Carlos (2001). "Economía y violencia en Colombia". En MARTÍNEZ ORTIZ, Astrid (Ed.), *Economía, crimen y conflicto* (41–58). Bogotá, Colombia: Universidad Nacional de Colombia.
- GOLOVÁTINA-MORA, Polina; y BUILLES, Carlos (2018). "¿Cuál es el rol de la posmemoria?". *Analecta Política*, 8(15), 189-195.
- GUISO-ÁLVAREZ, Juan-Daniel (2022). "El Frente Nacional, 1958-1974". *Revista de Historia Regional y Local*, 14(29), 232–256. <https://doi.org/10.18566/histo.v14n29.a09>
- GUTIÉRREZ, Sebastian (2020). "Giro rural y memorias del conflicto armado en la novela colombiana del siglo xxi". *Catedral Tomada*, 8(15), 35–61.
- HALBWACHS, Maurice (2004). *La memoria colectiva*. Trad. de I. Sancho-Arroyo. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza.
- HARAWAY, Donna (2008). *When species meet*. Estados Unidos: University of Minnesota Press.
- KRABER, Matías (2020). *La crónica periodística: entre el arte de narrar e informar con estilo de autor: Apunte de cátedra*. Argentina: Universidad Nacional de La Plata.
- KOTTAK, Conrad (1999). *Antropología. Una exploración de la diversidad humana con temas de la cultura hispana*. Madrid: McGraw Hill.
- LACAPRA, Dominick (2005). *Escribir la historia, escribir el trauma*. Trad. de E. Marengo. Buenos Aires: Nueva Visión.
- MOLANO BRAVO, Alfredo (2014). "Fragmentos de la historia del conflicto armado (1920–2010)". En Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH) (Ed.), *¡Basta ya! Colombia: memorias de guerra y dignidad* (5–55). Bogotá: CNMH.
- MUÑOZ LÓPEZ, Yolis; y VARELA CARTAGENA, Samanta (2021). *Hacer historia con historias: Alfredo Molano en la literatura testimonial colombiana*. [Trabajo de grado]. Colombia: Universidad de Antioquia.
- OFICINA DE LAS NACIONES UNIDAS PARA LA COORDINACIÓN DE ASUNTOS HUMANITARIOS (2025). *Colombia: Desplazamiento y confinamiento en la subregión del Catatumbo (Norte de Santander) - Flash Update No. 1* [Informe].

- Disponible en: <https://reliefweb.int/report/colombia/colombia-desplazamiento-y-confinamiento-en-la-subregion-del-catatumbo-norte-de-santander-flash-update-no-1-24012025>
- OQUIST, Philip (1980). *Violence, conflict, and politics in Colombia*. New York: Academic Press.
- PÉREZ CARDOZO, Michelle (2020). Literatura y guerra: Elementos de una poética de la escucha en la obra *Desterrados: Crónicas del desarraigo*, de Alfredo Molano. *Campos en Ciencias Sociales*, 8(1), 205–230. <https://doi.org/10.15332/25006681/5720>
- QUINTERO RESTREPO, León (2009). Los “pájaros” del Valle del Cauca. *Estudios de Derecho*, 65(145) 245–258.
- REGISTRO ÚNICO DE VÍCTIMAS (RUV) (2024). *Informe nacional de víctimas 2024*. Bogotá: Unidad para la Atención y Reparación Integral a las Víctimas. Disponible en: <https://www.unidadvictimas.gov.co>
- REGISTRO ÚNICO DE VÍCTIMAS (2024). *Boletín abril 2024*. Unidad para la Atención y Reparación Integral a las Víctimas. Disponible en: https://datos.paz.unidadvictimas.gov.co/archivos/datosPaz/boletines/Boletin_Abril_2024.pdf
- ROMERO, José (1978). *El pensamiento político latinoamericano*. Bogotá: A-Z Editora S.A.
- ROSAS, Adriana (2017). “Desterrados de Alfredo Molano: un testimonio del desplazamiento forzado en Colombia”. En ROSTI, Michela y PALEARI, Valentina (Eds.), *Donde no habite el olvido: herencia y transmisión del testimonio: perspectivas socio-jurídica* (233–247). Milán: Ledizioni. <https://doi.org/10.4000/books.ledizioni.9984>
- SÁNCHEZ RODRÍGUEZ, Francisco (2013). “Política y literatura”. *Estudios Políticos*, (1). <https://doi.org/10.22201/fcpys.24484903e.2004.1.37610>
- SUÁREZ, Jorge (2011). “La literatura testimonial como representación de pasados violentos en México y Colombia: ‘Siguiendo el corte’ y ‘Guerra en el paraíso’”. *Iberofórum. Revista de Ciencias Sociales de la Universidad Iberoamericana*, 6(11), 57–82.
- VELÁSQUEZ BARRAGÁN, Mónica (2021). *Análisis de las crónicas de Alfredo Molano para una relación con la educación literaria*. [Tesis de maestría]. Universidad Distrital Francisco José de Caldas.
- VIDAL, Yanina (2021). “Literatura rural: una tensión entre la posesión y la desposesión de la tierra”. *ESPECTROS*, 7. <https://espectros.com.ar/literatura-rural-una-tension-entre-la-posesion-y-la-desposesion-de-la-tierra-por-yanina-vidal/>
- YAFFE, Lilian (2011). Conflicto armado en Colombia: Análisis de las causas económicas, sociales e institucionales de la oposición violenta. *CS [en línea]*, (8), 187–208. <https://doi.org/10.18046/recs.i8.1133>